

«Redefinir la educación» XXIX Seminario interdisciplinar Barcelona, 15 de noviembre de 2010

«Educar con el ejemplo»

Gregorio Luri Medrano

Pedagogo y filósofo

El profesor Luri ha empezado su presentación hablando sobre la importancia que tiene educar bien, subrayando que el paso de la buena intención a la buena práctica es muy complicado y que lo que sería necesario en la actualidad es reivindicar la cotidianidad para elaborar desde ella un discurso pedagógico eficiente y realista en el momento de educar. Si hacemos un repaso a la historia de la educación veremos que las ideas nuevas son muy escasas y que, aunque ha habido muchos avances, en cuestión de educación todo son reminiscencias del pasado. Y ha puesto como ejemplo y como referencia la escuela progresista de Dewey, que surgió a principios del siglo pasado, y que fue de gran importancia para la pedagogía escolar de los Estados Unidos de los años 20.

En la actualidad no disponemos de experiencias pedagógicas que se mantengan durante mucho tiempo en su máximo apogeo. La comunidad de maestros de Cataluña está viviendo una situación delicada. Por este motivo, se tienen que buscar soluciones para que su cotidianidad se reconozca a sí misma de una manera no culpable. Un maestro excelente puede hacer milagros pero no todas las escuelas construidas por maestros excelentes tienen continuidad en su excelencia.

Me gustaría introducir el tema de la importancia del ejemplo con una cita de Albert Einstein: «Dar ejemplo no es la principal manera de influir en los demás; es la única manera». No hay otra manera de educar que no sea con el ejemplo, para bien o para mal. El problema es que los alumnos reciben ejemplos múltiples y que a medida que la sociedad se va haciendo más compleja, los ejemplos también. Tampoco ayuda la facilidad de información que hay en la actualidad y los amplios círculos sociales que tienen los alumnos, que hacen que la figura de los maestros y lo que éstos les puedan enseñar vaya siendo cada vez menos importante.

A menudo se cae en el error de pensar que la sociedad de la información y la sociedad del conocimiento son lo mismo. Un crecimiento acusado de la información nos puede llevar, paradójicamente, a un nuevo tipo de analfabetismo, al no saber

seleccionar con cual nos quedamos de todas las que recibimos. Actualmente, la tecnología avanza mucho más rápido que nuestra capacidad para pensar las consecuencias que se pueden derivar de ella. Y para no quedarnos atrasados estamos gastando mucho dinero en tecnología para las escuelas sin saber cuales son las consecuencias que a la larga puede acabar teniendo.

La sociedad de la información hace referencia, básicamente, a los dispositivos de transmisión y a la velocidad a la que va esta información. A medida que la cantidad y la velocidad van creciendo resulta imprescindible contar con personas que nos ayuden a orientarnos, como los maestros. A pesar de la importancia que ha ido adquiriendo la tecnología, resulta imprescindible que se siga manteniendo una relación estrecha con una figura real, como la del maestro. Este es el fundamento de la pedagogía. Muchos centros educativos creen que la tecnología puede educar y hasta llegar a sustituir la figura de algunos maestros y educadores. Es un error. Las relaciones cara a cara son las que nos hacen humanos; por lo menos de la manera como nosotros hemos concebido el humanismo, desde Sócrates hasta hoy.

A diferencia de los padres, que quieren a sus hijos por lo que son, incondicionalmente, los maestros tienen que querer a sus alumnos por lo que pueden llegar a ser. De hecho, en la pedagogía hay una cierta relación erótica. Como dice Sócrates, en el fondo los maestros están enamorados de los procesos que pueden llegar a hacer sus alumnos. Este es uno de los motivos fundamentales de divergencia entre los padres y los maestros, porque el amor incondicional que tienen los padres por sus hijos hace que muchas veces no sepan captar sus matices emocionales. Los maestros valoran el comportamiento de sus alumnos de una manera más objetiva; en la mirada pedagógica hay un reconocimiento de los valores del alumno. Este es uno de los fundamentos de la antropología: para sentirnos valorados necesitamos reconocer nuestro valor en la mirada de las personas que tenemos delante. Estas personas que nos miran son las mismas que limitan objetivamente nuestras acciones.

Debemos saber dónde están nuestros límites objetivos. Por eso es tan peligrosa y tan ambigua esa máxima que recogía la LOGSE, que ya ha desaparecido, que decía que el papel de la educación es desarrollar todas las competencias del niño. No es malo que sean los demás los que nos limiten; como decía Adam Smith: «El pobre más pobre es aquel a quien nadie ve».

A medida que han pasado los años hemos ido eliminando el castigo físico pero hemos introducido una práctica terrible, que es la humillación. Los mecanismos de generación de vergüenza son inevitables, pero no los podemos utilizar como un

elemento disciplinario porque podemos hacer mucho daño e incidir negativamente en la autoestima de una determinada persona. A menudo sentimos vergüenza cuando nos damos cuenta de que no estamos a la altura de una determinada circunstancia; pero es una vergüenza legítima. ¿Y cuál es el papel del maestro en este terreno? Hay una palabra que lo define muy bien: impregnación. La impregnación es aquello que no está programado pero que, a pesar de todo, es el elemento definitivo que hace que los niños tengan un plus de interés por un determinado tema. Contra más importancia le damos a la programación menos relevancia tiene nuestro estado de ánimo.

Especialmente en Cataluña, las autoridades pedagógicas han dimitido, no porque sean malas, sino porque se han dado cuenta de que no tienen un discurso alternativo coherente que puedan imponer de manera global en toda la escuela. Si ha habido tanta necesidad de llevar a cabo tantas reformas escolares es porque algo ha ido fallando. Esta situación ha desencadenado en una autonomía docente.

En la escuela de Chicago se ha llevado a cabo un estudio encabezado por un economista, James Hackman, que pretende analizar el aprendizaje de lo que él denomina actividades cognitivas. Hackman dice que las actividades cognitivas maduran muy pronto y por eso considera que lo que es relevante para el uso cotidiano de la inteligencia son los componentes no cognitivos, como pueden ser: la capacidad de mantener la atención, de resistir la frustración, de aprender de un error, de mantener la lectura lenta, o de trabajar con los demás. Estas actividades tienen una maduración neurológica más tardía y, por lo tanto, son más sensibles al aprendizaje. Pero ninguna de ellas se aprende de otra forma que no sea por impregnación.

El ponente ha acabado su discurso desarrollando dos ideas básicas a modo de conclusión:

Primera. Nuestros hijos y nuestros alumnos siempre respetan las creencias y convicciones que creen que tenemos, no las que nosotros decimos que tenemos, que pueden no coincidir. Y respetan muy poco al maestro que creen que no tiene convicciones.

Segunda. En los estudios sociológicos tradicionales de los años 70 había un dogma que decía que los niños que vivían en unas condiciones económicas precarias, que provenían de familias desestructuradas, o que vivían en barrios con altos índices de inmigración, estaban condenados a tener unos resultados académicos deficientes. Pero otros estudios, realizados sobretudo en California, determinaron que en un

colectivo en el que se podría cumplir este principio, como el de los niños orientales, se daban resultados académicos muy diversos. Uno de estos estudios comparó dos colectivos: los hispanos y los orientales. Los hispanos tendían a considerar que el fracaso se debe a dos motivos básicos: que mi potencial intelectual es el que es por nacimiento y al hecho de caerle bien o no al profesor. Los orientales, en cambio, estaban convencidos de que no hay ninguna situación tan mala que no se pueda mejorar con esfuerzo.

Si el ejemplo tiene alguna relevancia, la relevancia del ejemplo está siempre en las pequeñas cosas.

Resumen de las ponencias realizado por el equipo de redacción del Ámbito María Corral.